

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

Fast.
Free.
Faithful.
Linktoliturgya.com



[1] Comentarios del Evangelio de Lucas, pg. 178

[2] Comentarios del Evangelio de Lucas, pg. 178

[3] Hardon, Diccionario Católico Moderno, pg. 437

¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Lucas 15:1-3, 11-32 - pg. 1

¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3

¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Lucas 15:1-3, 11-32 Misal Romano Diario

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores para escucharlo. Por lo cual los fariseos y los escribas murmuraban entre sí: “Éste recibe a los pecadores y come con ellos”.

Jesús les dijo entonces esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos le dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de la herencia que me toca’. Y él les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se fue a un país lejano y allá derrochó su fortuna, viviendo de una manera disoluta. Después de malgastarlo todo, sobrevino en aquella región una gran hambre y él empezó a padecer necesidad. Entonces fue a pedirle trabajo a un habitante de aquel país, el cual lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tenía ganas de hartarse con las bellotas que comían los cerdos, pero no lo dejaban que se las comiera. Se puso entonces a reflexionar y se dijo: ‘¿Cuántos trabajadores en casa de mi padre tienen pan de sobra, y yo, aquí, me estoy muriendo de hambre! Me levantaré, volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Recíbeme como a uno de tus trabajadores’. Enseguida se puso en camino hacia la casa de su padre. Estaba todavía lejos, cuando su padre lo vio y se eterneció profundamente. Corrió hacia él, y echándole los brazos al cuello, lo cubrió de besos. El muchacho le dijo: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo’. Pero el padre les dijo a sus criados: ‘¡Pronto!, traigan la túnica más rica y vistansela; pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; traigan el becerro gordo y mátenlo. Comamos y hagamos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado’. Y empezó el banquete. El hijo mayor estaba en el campo y al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y los cantos. Entonces llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: ‘Tu hermano ha regresado y tu padre mandó matar el becerro gordo, por haberlo recobrado sano y salvo’. El hermano mayor se enojó y no quería entrar. Salió entonces el padre y le rogó que entrara; pero él replicó: ‘¿Hace tanto tiempo que te sirvo, sin desobedecer jamás una orden tuya, y tú no me has dado nunca ni un cabrito para comérmelo con mis amigos! Pero eso sí, viene ese hijo tuyo, que despilfarró tus bienes con malas mujeres, y tú mandas matar el becerro gordo’. El padre repuso: ‘Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado’”.

Lectura Espiritual – Oficio de Lecturas – 4º Domingo de Cuaresma

De los tratados de san Agustín, obispo, sobre el evangelio de san Juan

Cristo es el camino hacia la luz, la verdad y la vida

El Señor dijo concisamente: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Con estas palabras nos mandó una cosa y nos prometió otra. Hagamos lo que nos mandó y, de esta forma, no desearemos de manera insolente lo que nos prometió; no sea que tenga que decirnos el día del juicio: “¿Hiciste lo que mandé, para poder pedirme ahora lo que prometí?” “¿Qué es lo que mandaste, Señor, Dios nuestro?” Te dice: “Que me siguieras.” Pediste un consejo de vida. ¿De qué vida sino de aquella de la que se dijo: En ti está la fuente de la vida? Conque hagámoslo ahora, sigamos al Señor; desatemos aquellas ataduras que nos impiden seguirlo. Pero ¿quién será capaz de desatar tales nudos, si no nos ayuda aquel mismo a quien se dijo: Rompiste mis cadenas? El mismo de quien en otro salmo se afirma: El Señor liberta a los cautivos, el Señor endereza a los que ya se doblan. ¿Y en pos de qué corren los liberados y los puestos en pie, sino de la luz de la que han oído: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina en tinieblas? Porque el Señor abre los ojos al ciego. Quedaremos iluminados, hermanos, si tenemos el colirio de la fe. Porque fue necesaria la saliva de Cristo mezclada con tierra para ungir al ciego de nacimiento. También nosotros hemos nacido ciegos por causa de Adán, y necesitamos que el Señor nos ilumine. Mezcló saliva con tierra; por ello está escrito: La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros. Mezcló saliva con tierra, pues estaba también anunciado: La verdad brota de la tierra; y él mismo había dicho: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Disfrutaremos de la verdad cuando lleguemos a verlo cara a cara, pues también esto se nos promete. Porque, ¿quién se atrevería a esperar lo que Dios no se hubiese dignado dar o prometer? Lo veremos cara a cara. El Apóstol dice: Ahora vemos confusamente en un espejo; entonces veremos cara a cara. Y Juan añade en su carta: Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Ésta es una gran promesa. Si lo amas, síguelo. “Yo lo amo - me dices - , pero ¿por qué camino lo sigo?” Si el Señor, tu Dios, te hubiera dicho: “Yo soy la verdad y la vida”, y tú desearas la verdad y anhelaras la vida, sin duda que hubieras preguntado por el camino para alcanzarlas, y te estarías diciendo: “Gran cosa es la verdad, gran cosa es la vida; ojalá mi alma tuviera la posibilidad de llegar hasta ellas”. ¿Quieres saber por dónde has de ir? Oye que el Señor dice primero: Yo soy el camino. Antes de decirte a donde, te dijo por donde: Yo soy el camino. ¿Y a dónde lleva el camino? A la verdad y a la vida. Primero dijo por donde tenías que ir, y luego a donde. Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Permaneciendo junto al Padre, es la verdad y la vida; al vestirse de carne, se hace camino. No se te dice: “Trabaja por dar con el camino, para que llegues a la verdad y a la vida”; no se te ordena esto. Perezoso, ¡levántate! El mismo camino viene hacia ti y te despierta del sueño en que estabas dormido, si es que en verdad te despierta; levántate, pues, y anda. A lo mejor estás intentando andar y no puedes, porque te duelen los pies. Y ¿por qué te duelen los pies?; ¿acaso porque anduvieron por caminos tortuosos, bajo los impulsos de la avaricia? Pero piensa que la Palabra de Dios sanó también a los cojos. “Tengo los pies sanos - dices - , pero no puedo ver el camino”. Piensa que también iluminó a los ciegos.

El hijo mayor: Orgullo – Lección y Discusión

“El hijo mayor había estado en el campo...rehusó entrar a la casa”

La historia del Hijo Prodigio es una de las historias más populares en la Biblia. En la historia hay esencialmente tres personajes principales: El hijo menor, el hijo mayor, y el padre. Esta lección se centra en el hijo mayor.

¿Porque estaba enojado el hijo mayor? El hijo mayor estaba enojado porque sentía que el hijo menor no merecía tal celebración después de despilfarrar su herencia, mientras que él, el hijo mayor, se había quedado con su padre por tantos años sin recibir nada.

¿Como ha errado el hijo mayor al pensar que no ha recibido “nada”?

Como señala el padre, mientras el hijo mayor se quede con él, el hijo mayor tiene todo. El hijo mayor debería examinarse a sí mismo y preguntar “¿por qué te quedaste en la casa de tu padre? ¿Fue por amor a tu padre, o solo por un servicio ciego? Los que se han quedado en casa también deben participar en la celebración; estos han sido fieles a su deber, pero quizá más por costumbre que por amor, lo cual los ha hecho incapaces de entender el amor del Padre por sus hermanos, incapaces también de alegrarse de ello y compartirlo. Por consiguiente también necesitan del perdón.”[1] ¿Estamos en la casa de nuestro Padre porque lo amamos? Si es así entenderemos que Dios nos ha dado todo, y nos alegramos cuando un hermano o hermana regresa del pecado a la gracia. “También debemos considerar que si Dios tiene compasión por los pecadores, debe tener mucha más por aquellos que se esfuerzan para ser fieles a él. Santa Teresa de Lisieux entendió esto muy bien: ‘Que alegría recordar que nuestro Señor es justo; que es considerado con todas nuestras fallas, y sabe perfectamente cuán débiles somos. ¿Entonces que tengo que temer? Ciertamente el Dios de justicia infinita que perdona al hijo prodigo con tanta misericordia será justo conmigo ‘quien estoy siempre con Él.’”[2]

¿Que pecado comete el hermano mayor? El hermano mayor es culpable del pecado de orgullo.

¿que es orgullo? El orgullo es “un aprecio excesivo de uno mismo – excesivo porque es contrario a la verdad. Uno es culpable de orgullo cuando desea ser considerado mejor que la persona que realmente es. El orgullo puede tomar muchas formas: tomándose méritos personales por regalos o posesiones como si no hubieran sido recibidos de Dios, glorificándose en logros como si no fueran primeramente el resultado de la bondad y la gracia Divina, minimizando los defectos de uno o afirmando cualidades que en realidad no se poseen, considerándose uno mismo superior a otros o despreciándolos porque carecen de lo que la persona orgullosa tiene, o exagerando los defectos de los otros u obsesionándose con ellos. Cuando el orgullo es llevado a la medida en que una persona no está dispuesta a admitir la dependencia en Dios y rehúsa someter su voluntad a Dios o a la autoridad legal, es un grave pecado. En este caso, la gravedad surge porque esa persona muestra desdén por Dios o de aquellos que toman Su lugar. De lo contrario, el orgullo se dice ser imperfecto y venialmente malo. Mientras que el orgullo no es el único pecado, puede llevar a toda clase de pecados, notablemente presunción, ambición, vanagloria, jactancia, hipocresía, lucha, y desobediencia. El orgullo se esfuerza por excelencia perversa. Desprecia a otros y dependiendo de su perversidad, hasta menosprecia a Dios. Los remedios para el orgullo son un sincero conocimiento de uno mismo, aceptación de humillaciones diarias, evitación de hasta la más mínima autocomplacencia, humilde reconocimiento de las fallas de uno, y comunión devota con Dios.”[3]